

Fracasado el ejército regular por culpa de unos generales que si bien sabían organizar ejércitos no supieron llevarlos a la victoria y, demostrada la inutilidad de los guerrilleros para la ocupación permanente del territorio o de las plazas, quedaba la posibilidad de una acción conjunta de ambos que fuera la base del triunfo. En los primeros momentos los guerrilleros fueron mal vistos por los militares, tanto como por los franceses, pero cuando la Junta Central comprendió la beneficiosa labor que realizaban y los éxitos persistentes que obtenían, autorizó las partidas a finales de diciembre de 1808 con intento de dirigir o por lo menos encauzar y limitar sus intervenciones, depurarlos, evitar imprudencias o temeridades inútiles y coordinar prácticamente ambas fuerzas. Fué precisamente la sabia organización de lord Wellington la que por fin pudo unir a unos y otros. La eficaz cooperación de los guerrilleros con el ejército regular anglo-hispano fué la clave del éxito frente al francés invasor, al que acabó por expulsar de la península.

Empezaba el año 1809 con las derrotas españolas de Uclés, Ciudad Real y Medellín, en enero, febrero y marzo, que empeoraban la situación general del reino. Son los meses en que el médico de Villaluenga, enterado de los descalabros ocurridos por los soldados desbandados de los campos de batalla a su paso por la provincia de Toledo, pensaba como único remedio eficaz para combatir al francés triunfante, en la guerrilla. Le era fácil organizar una por cuenta propia para actuar en las proximidades de las carreteras generales que desde Madrid conducen a Extremadura y Andalucía, lugares muy frecuentados por los convoyes y correos imperiales. Tenía la base para organizar una partida: caballo, prestigio bien ganado en todos los pueblos comarcanos, juventud, valor, conocimiento del terreno, instintivas dotes de mando, a las que uniría audacia, bravura, astucia, agilidad e inteligencia.

Pasaron los días y la situación general de España no variaba, las derrotas y descalabros se sucedían y sólo se oía de vez en cuando el clarín triunfante de las victorias y presas logradas por los guerrilleros, ya famosos, cuyos nombres corrían de boca en boca y de romance en romance por todos los pueblos y campiñas castellanas y ellos eran los que alteraban la monótona relación de reveses sufridos por los ejércitos españoles. La idea que germinó en su mente en los primeros meses de 1809 decidió a Palaeca, tras detenido examen de las probabilidades que tenía para lograr el triunfo, a llevarla a la práctica. Empezaron los preparativos, las conversaciones y los viajes detenidos para estudiar las condiciones geo-

